

Vigésimo segunda Semana del Tiempo Ordinario (del 31/8/2009 al 31/8/2009) Lunes,

El Espíritu del Señor está sobre mí..."

I. Contemplamos la Palabra

Primera lectura., Tesalonicenses 4, 13-17

Hermanos: No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza. Pues si creemos que Jesús ha muerto resucitado, del mismo modo a los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con Él.

Lectura evangélica: Lucas, 4,16-30

En aquel tiempo Jesús fue a Nazaret, donde se había criado; entró en la sinagoga, como era costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres, a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista. Para dar libertad a los oprimidos para anunciar el año de gracia del Señor"

II. Compartimos la Palabra

El problema de la muerte es un problema vital, existe mientras se vive, y condiciona la vida: tenerlo asumido o no implica el modo de vivir. Los seres humanos somos propiamente los únicos seres mortales, porque somos los únicos conscientes de que estamos abocados a morir. No hay cultura en la que no exista la preocupación por el más allá de la muerte. Jesús tiene también esa preocupación. Él predicó que Dios era un Dios de vivos, por lo que la muerte no acaba con sus hijos. Él triunfó sobre la muerte. Según san Pablo en el triunfo de Jesús sobre la muerte triunfamos todos. En Jesús Dios nos resucitará.

El texto evangélico es largo. Aparte del texto que transcribimos se nos enseña las reacciones contrarias de los nazarenos ante las palabras de Jesús. En un principio cuando escuchan lo que transcribimos todo es satisfacción y aprobación. Cuando les dice que no va a realizar ningún signo en Nazaret se vuelven contra él. ¡Cómo es que un paisano nuestro no realiza en su localidad lo que hace en las localidades limítrofes y, como tal, rivales! Eso supone un serio desprecio. Jesús lo explica: ellos nunca podrían olvidar "este es el hijo de José", alguien a quien conocían bien como uno de ellos, y no admitirían el carácter profético, de persona de autoridad por sus signos y palabras. No les gustó: querían más signos, más milagros que en Cafarnaún. Cristo no venía a realizar signos sino que buscaba la conversión de acuerdo con las exigencias del Reino de los cielos.

Nos cuesta encontrar entre aquellos con los que convivimos al profeta, al que puede mostrar lo que Dios quiere de nosotros, alguien que nos exija conversión ¡Quién es él para hablarnos de cambiar nuestra vida, si es uno de los nuestros!

Fray Juan José de León Lastra

Licenciado en Teología